

**General Gustavo Rojas Pinilla
El Estadista (1953-1957)**

María Eugenia Rojas Correa

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

General Gustavo Rojas Pinilla El Estadista (1953-1957)

Colección Presidentes de Colombia N° 11

© María Eugenia Rojas Correa

Primera edición junio de 2000

© Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

ISBN 9781716424809

Ediiciones LAVP

Sin autorización escrita firmada por el editor, ninguna persona natural o jurídica, podrá hacer reimpresiones parciales o totales de esta obra en ninguna de las formas posibles para la comercialización de libros. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito legal.

INDICE

El estadista	
13 de junio de 1953	8
Alocución presidencial	17
La felicidad de un pueblo	19
El 14 de junio	
Respaldo popular	26
La Anac declara la vacancia y legitima el título	31
La iglesia se pronuncia	33
La academia de jurisprudencia	34
La nueva policía	35
Las coaliciones	36
Conflicto con el Perú	38
Haya De la Torre	40
Libertad de prensa	44
Carta de Laureano al abandonar el país	45
El golpe de opinión	48
Tarea del ministro de hacienda	52
La paz y la libertad de Rojas Pinilla: La guerra desatada	57
La determinación de paz	58
La amnistía	60

Justicia para todos	
La situación económica	65
La Corte Suprema de Justicia	70
Regresan los jefes liberales	72
Ampliación de la Anac	72
Seis meses de gobierno	74
San Andrés y Providencia	79
El voto femenino	81
Viaje a la Argentina	85
Las relaciones con los partidos	87
8 y 9 de junio de 1954	
Antecedentes de los insucesos	91
El 8 de junio	93
El 9 de junio	94
La responsabilidad del presidente	96
Las declaraciones del general París	98
El respaldo de los directorios políticos	99
La doble moral	100
El dolor por la tragedia	102
La creación de Sendas	104
Una labor social	106
Gratitud de los llaneros	111
El rompimiento liberal	
Los liberales y la Anac	116
El nuevo período de Rojas	118
Proposición de la Anac	119
El rompimiento de los liberales	120
Se inaugura la televisión	123
Un gobierno trabajador	

Estabilidad económica	125
Las opiniones de los inversionistas extranjeros	126
Desarrollo económico y social	127
Robustecimiento municipal	128
La caída del café	129
Obras públicas	130
Aeropuerto El Dorado	137
El regreso de Lleras Camargo	139
El Distrito Especial de Bogotá	140
Creación del Distrito Especial	140
La clausura de El Tiempo	143
Plaza de toros de Santamaría	152
La explosión de Cali	161
El embajador de Estados Unidos	164
La reelección de Rojas	165
9 y 10 de mayo en la casa privada	169
Madrid - Islas Canarias	178
Las Palmas de Gran Canaria	181
Junta Militar de Gobierno	185
Mi regreso a Colombia	186
Carta a los miembros de la junta militar	191
El 2 de mayo de 1958	196
El Frente Nacional	202
El gobierno de Lleras Camargo	205
Inconsistencia del frente civil	216

El Estadista

13 de junio de 1953

Varias versiones han circulado, tanto en Colombia como en el extranjero, sobre los sucesos del 13 de junio de 1953 y voy a trazar algunas pinceladas de los acontecimientos de aquella fecha que se grabó en forma indeleble en la memoria y el corazón de las inmensas mayorías que registraron jubilosas el amanecer de la patria rescatada.

Porque había una patria vuelta pedazos, unos en manos de liberales sublevados y otros en manos de un sector conservador altanero y envalentonado que menospreciaba y perseguía a quienes no comulgaban con el ideario de la hirsuta cofradía reaccionaria.

Mi padre no buscó codiciosamente el poder; esos no eran los planes de la familia, disfrutábamos de una vida sencilla y apacible en medio de un hogar colmado de afecto, con un padre inigualable y una madre que era dechado de virtudes. Nada nos faltaba, tampoco nos sobraba. Pero no estábamos dispuestos a soportar la persecución o la injusticia de un régimen que no gustaba de las actuaciones del comandante de la Fuerzas Armadas, quien no era juguete de nadie y mantenía en alto una fuerte personalidad y una conducta intachable.

En el seno de nuestra casa reinaba una completa armonía. Al recibir el diploma de bachiller yo le había dicho a mi padre que deseaba estudiar química en Alemania o en Estados Unidos, dos países que él admiraba enormemente. Cuando le hablaba de esta posibilidad, me respondía:

—Bueno, nena, —así me llamaba— aunque me duela mucho, ve preparando maletas.

El ambiente estaba caldeado y, la verdad sea dicha, cundía por todos los cuerpos de la tropa una gran inconformidad y un larvado deseo de insubordinación. Yo lo sentía en los comentarios de toda índole que les escuchaba a oficiales, suboficiales y soldados. Me gustaba conversar, jugar tenis y montar a caballo con ellos. Pertenecí al equipo de equitación de la Escuela de Caballería y conquisté varios trofeos.

El viernes 12 de junio nosotros viajamos, como era costumbre, los fines de semana, a Melgar, a la casa de veraneo, a orillas del río Sumapaz, que había adquirido mi padre para que su familia se reuniera a pasar ratos de agradable esparcimiento. Aquello sin lugar a duda podría darle la impresión a Gómez de que se encontraba frente al momento oportuno para desarrollar su plan, producir la destitución y entrar a desestabilizar el ordenamiento de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, mi padre antes de viajar había preparado un plan de comunicación con las figuras más importantes del Ejército, con el ánimo de no permitir la oscura y esperada actitud de Laureano.

El 13 de junio de 1953 era un sábado. Por aquella época las comunicaciones eran muy deficientes. La casa de Melgar no contaba con servicio telefónico para hacer una llamada. Por eso mi padre había convenido con sus leales colaboradores que, en caso de que se produjera cualquier situación anómala, un avión de las Fuerzas Armadas daría tres vueltas sobre la finca de Melgar para advertirle la urgente necesidad de trasladarse hasta Girardot y allí tomar el avión que lo condujera a Bogotá.

La noche del 12 de junio y la mañana del 13 transcurrieron en medio de una expectativa apenas explicable. Mi padre no dudaba de que, mientras tanto, Gómez debería estar tomando protervas determinaciones contra él.

En la mañana nos fuimos a nadar al río, que por cierto no estaba muy crecido pues era época de verano y lo atravesamos varias veces. Había una constante competencia con mi padre, quien era gran nadador; a la postre, él ganaba siempre.

A eso de las 2 de la tarde mi padre recibió la noticia de que una llamada urgente de Bogotá exigía su presencia en la telefónica. Era el general Alfredo Duarte Blum. El hecho se producía de manera simultánea con el vuelo del avión sobre la finca.

—Mi General, allá le mandamos el avión.

—Sí, ya lo veo; está volando sobre Melgar—, le contestó mi padre.

—Lo necesitamos inmediatamente, mi general. La situación está grave. Es urgente su regreso.

Después pasó el general Gustavo Berrío Muñoz y le manifestó:

—Mi general, lo estamos esperando. No obedecemos sino órdenes tuyas.

Fue una conversación escueta, pero de inmenso valor histórico. Cuando papá se dirigió hacia Girardot ignoraba qué podría ocurrir en el futuro, pero sabía a ciencia cierta que la lealtad de las Fuerzas Armadas era total.

El viaje de Melgar a Girardot en automóvil gastaba entonces algo más de una hora. Fue un trayecto lleno de expectativas y de inseguridades. En el vehículo conducido por Félix Garavito, íbamos